

# LOS PAPELES DEL INFIERNO

por Enrique Buenaventura



# EL ENTIERRO

(Basada en el cuento de Gabriel García Márquez "Los funerales de la Mamá Grande")

## PERSONAJES:

NICANOR  
CUATRO MUJERES  
MAYORDOMO  
CORONEL  
MINISTRO  
CARDENAL  
CUATRO SOLDADOS  
PRESIDENTE

*El escenario es como un gran desván y arriba hay una muñeca enorme suspendida en el aire. La mano derecha de la muñeca tumefacta cuelga. Los dedos llenos de anillos.*

NICANOR: *(Subido en unos cajones con el pañuelo en las narices mira hacia la muñeca. Trata de oír algún ruido producido por ésta).* No todavía no. Da tiempo. *(Comienza lentamente a contar dinero).*

4 MUJERES: *(Lloran. Las narices tapadas con pañuelos).*

MUJER 1a.: ¿Se acabó el agua de colonia . . . ?

MUJER 2a.: Todavía queda. En el botiquín hay más.

MUJER 3a.: Cómo hiede.

MUJER 4a.: Chisst. Dios te salve María llena eres de gracia, etc. *(Siguen rezando por lo bajo).*

NICANOR: Homero.

5

MAYORDOMO: Mande usted.

NICANOR: ¿Han permanecido encendidos los sahumeros . . . ?

MAYORDOMO: Sí señor. Hay sahumeros en las cuatro esquinas de la hacienda.  
Arden día y noche.

NICANOR: Y no se va el mal olor.

MAYORDOMO: Lo peor son los gallinazos. Un ruego negro de gallinazos oscurece el sol. En un santiamén devoran los cadáveres . . . *(Pausa)*. Yo quisiera preguntarle . . .

NICANOR: Pregunta.

MAYORDOMO: ¿Están matando gente de la servidumbre . . . ?

NICANOR: Sospechosos. Estamos en gran peligro. En gravísimo peligro, Homero.

MAYORDOMO: Lo creo. Desde el tiempo del ruido no tenía yo tanto miedo.

NICANOR: Todo se puede perder. El diablo se lo puede llevar todo.

MAYORDOMO: ¿Como en la guerra de los mil días . . . ?

NICANOR: Peor. *(Pausa)*. No es cualquier persona la que se muere, Homero.

MAYORDOMO: *(Al público. Como quien habla de Dios)* Es la señora.

NICANOR: La señora, La Gran Vieja, La Mamá Grande. Tu madre natural, mi madre legítima, la madre de la familia y la madrastra de los otros . . . Cuando caiga, cuando llegue su última hora . . .

MAYORDOMO: No caerá don Nicanor.

NICANOR: Todo cae, Homero. Todo termina un día. Todo tiene su última hora . . . *(Pausa)* ¿Hay bastante gente armada . . . ?

MAYORDOMO: Sí.

NICANOR: ¿Gente escogida resuelta a todo . . . ?

MAYORDOMO: Son peligrosos.

NICANOR: Estamos en peligro, Homero. En grave peligro. Cuando uno está en peligro tiene que volverse peligroso y rodearse de gente peligrosa.

MAYORDOMO: Pueden ser cuervos que después nos saquen los ojos.

NICANOR: *(Con una sonrisa amarga)*. Cuando estemos muertos. *(Pausa)*.

MAYORDOMO: Hiede.

NICANOR: Sí, es casi insoportable. No dejes apagar los sahumeros. *(Pausa)*.

MUJER 1a.: Cuenta la historia del matrimonio de la vieja.

MUJER 4a.: Ya lo saben.

MUJER 2a.: No importa.

**6** MUJER 3a.: Cuenta.

MUJER 4a.: La he contado mil veces.

MUJER 1a.: Todo es así. Todo se sabe, todo se olvida, todo vuelve a comenzar.

MUJER 2a.: ¿Por qué . . . ?

MUJER 3a. Porque todo es igual.

MUJER 2a.: Nada cambia.

MUJER 4a.: El marido era grande.

MUJER 2a.: Gordo.

MUJER 3a.: Arrastraba por el valle dos espuelas como dos soles y ensayaba en los esclavos la carabina.

MUJER 1a.: Fue patriarca.

MUJER 2a.: Fue arzobispo.

MUJER 3a.: Algunos dicen que fue papa.

MUJER 4a.: Fue general.

MUJER 1a.: Fue presidente.

MUJER 2a.: Fue prócer.

MUJER 4a.: Y la vieja se casó virgen, amamantó ella sola a toda su especie y siguió virgen. Sin romperse ni mancharse, por los siglos de los siglos.

TODAS: Amén.

NICANOR: Esta gente está pagando menos, casi nada.

MAYORDOMO: (*Tratando de ver el libro de cuentas*). Es por la sequía de hace dos años.

NICANOR: A nosotros no nos importan las sequías. Las tierras están arrendadas, que se arreglen. Cuando llegan las vacas gordas ellos ordeñan hasta la última gota.

MAYORDOMO: Además, muchos están asustados. Abandonan las tierras.

NICANOR: Se arriendan a otros.

MAYORDOMO: No me gusta lo que está pasando.

NICANOR: (*Fuerte*). A mí tampoco. Pero es necesario, estamos en grave peligro.

MAYORDOMO: Tengo hijos, nietos, hermanos entre la servidumbre.

NICANOR: Son sacrificios. Yo también los quiero mucho. Han sido mis peones.

MAYORDOMO: Antes todo era tan sencillo. La gente aceptaba la muerte. Agachaba la cabeza ante lo inevitable.

NICANOR: Los tiempos cambian.

MAYORDOMO: Así es.

NICANOR: Mójame el pañuelo. Aviva los sahumerios. Espanta los gallinazos.  
(Sale el mayordomo).

MUJER 4a.: Desde aquí hasta el altar mayor se tendieron doscientos metros de estera.

MUJER 3a.: El alcalde abanicaba a la pareja con un abanico de plumas de avestruz.

MUJER 2a.: Ella tenía dispensa del arzobispo para no arrodillarse ni en el instante de la elevación a fin de no estropear su saya de volantes holandeses ni sus almidonados pollerines de olán.

MUJER 3a.: Bajo los almendros polvorientos se pusieron las ventas de cachivaches y comistrajes.

MUJER 1a.: Se emborrachó todo el pueblo.

MUJER 3a.: Se desollaron sesenta reses en la plaza pública.

MUJER 4a.: La banda tocó contradanzas, danzones, pasillos, vales.

MUJER 3a.: *(Canturrea un vals. Lentamente, como en un sueño, la mujer 2a. comienza a bailar).*

MUJER 4a.: Chsst . . . No bailen. Estamos de luto. *(La mujer 2a. se sienta y llora muy bajito).*

MUJER 1a.: En el fondo del salón bajo festones de papelillo y sentada en su poltrona con almohadones de lino, estaba la señora.

MUJER 3a.: La vieja.

MUJER 1a.: La madre.

MUJER 4a.: De vez en cuando mandaba arrojar monedas a la muchedumbre que rompía las ventanas y luego volvía a juntar sus manos.

MUJER 3a.: Sus manos blancas . . . *(Pausa. Miran la mano que cuelga).*

MUJER 2a.: Los anillos. A mí me toca el de la esmeralda, el cura. Ella dijo que me lo dejaba.

MUJER 4a.: Ese es para el mayor, con tu consentimiento.

MUJER 3a.: A mí el diamante del dedo chiquito.

MUJER 1a.: A mí el de rubí del dedo del corazón. *(Subiéndose en cajones, todas tratan de alcanzar la mano).*

MUJER 2a.: Quita.

MUJER 3a.: Ese es mío.

MUJER 1a.: Ladrones.

MUJER 4a.: *(Apartándolas).* Un momento.

MUJER 1a.: Se los va a agarrar todos.

**8** MUJER 2a.: Avara. Miserable.

MUJER 1a.: A ti no te toca nada. Eres bastardo.

MUJER 2a.: La herencia es de los legítimos.

MUJER 3a.: Tú cállate. Tu madre fue la única puta de la familia.

MUJER 2a.: Cómo que la única. Todas las putas de la comarca han salido de la familia.

MUJER 1a.: Esa no es la familia. Esa es la resaca. La hez, la gleba, la porquería.

MUJER 4a.: (*Blandiendo el bastón, subida en los cajones*). Aparte. Abranse hijos de mala madre.



19

NICANOR: Silencio. A la primera que toque la mano de la vieja le pego un tiro. *(Saca el revólver. Las mujeres asustadas se repliegan)*. Todavía no ha llegado su última hora, todavía no ha caído y ya quieren desvalijarla. Hienas. No se toca una migaja de la herencia sin mi consentimiento. Recen.

MUJER 4a.: Dios te salve María, llena eres de gracia, etc. *(Se oye, lejano un tambor. El redoble se hace más cercano. Se oyen pies que marchan. Entran cuatro soldados armados hasta los dientes, al mando del coronel Belarmino, que luce enormes bigotes llenos de ceniza y una máscara de muerto)*.

NICANOR: Belarmino. *(El coronel se cuadra, luego se abrazan y se besan cuatro veces en las mejillas como los franceses)*.

CORONEL: ¿Ha llegado la última hora para nuestra madre . . . ?

NICANOR. No todavía.

CORONEL: Hiede.

NICANOR: Es casi insoportable. Homero, mójale el pañuelo a Belarmino en agua de colonia.

CORONEL: No me molesta estoy acostumbrado.

NICANOR: Tráele un pañuelo empapado en agua de colonia. Eso refresca. *(Pausa)*. Tienes el uniforme salpicado de sangre.

CORONEL: Desde que me fusilaron los conservadores por primera vez en el setenta y cinco.

NICANOR: Ah, es cierto. Me había olvidado.

CORONEL: La sangre nunca se lava. Aunque esté cien años bajo la tierra en contacto con las fuentes y los manantiales. Por eso no los fusiló a ellos; tres generales en el setenta y nueve y ellos me volvieron a fusilar en el ochenta y cuatro.

NICANOR: Recuerdo ese fusilamiento. Fue en este mismo sitio. *(Señala el fondo)*. Allá.

CORONEL: *(Se vuelve lentamente, mira)*. Sí, allá.

NICANOR: Yo estaba en ese rincón, donde quedaba en ese tiempo la caballeriza. Te vi. Estabas pálido.

CORONEL: Tenía miedo. *(Se miran un instante luego rompen en grandes carcajadas. Regresa el mayordomo con un pañuelo mojado)*. Con que éste es el viejo Homero. *(Le palmea la espalda)*.

MAYORDOMO: Ilustre general . . . *(Se inclina)*.

CORONEL: En el colegio nos enseñaban que era ciego y hacía versos.

NICANOR: Pero no ha hecho en su perra vida, más que cuentas. *(Nuevas risotadas)*.

MAYORDOMO: Ya no hay muchas cuentas que hacer Ilustre General Belarmino, pasaron los buenos tiempos.

NICANOR: Pisa en. Durante los últimos años la hemos estado engañando. (*Señala la muñeca*).

MAYORDOMO: Ella cree que todavía la hacienda no tiene límites. Habla de sus campesinos.

NICANOR: Todavía cree que la familia tiene derecho de vida y muerte sobre la peonada. (*Pausa*).

CORONEL: ¿Perdimos ese derecho?

NICANOR: Y como van las cosas puede que mañana lo tenga la peonada. (*Nuevas risotadas. Nicanor deja de reírse, súbitamente su cara se ensombrece*). Tengo gente armada vigilando.

MAYORDOMO: Desde el tiempo del ruido no tenía yo tanto miedo. Feliz ella que ya no se da cuenta. (*Señala la muñeca*).

NICANOR: El otro día . . . Hará que . . . quince años tal vez, antes de quedarse así, quieta, tesa, como suspendida en el tiempo, se atrincheró detrás de la hornilla con la carabina vieja a esperarte.

CORONEL: ¿A mí . . . ?

NICANOR: Sí. Allí viene ese hijo'e puta de Belarmino, gritaba. Allí viene al frente de sus liberales, de sus ateos, de sus masones, de sus radicales, de los negros, de los zambos, de la chusma. Acércate hijo bastardo, renegado, maldecido. Acércate, bandolero que vas contra la patria, contra Dios, contra la propiedad, contra tu propia herencia Y . . . Pum. Disparó.

MAYORDOMO: Hizo un boquete así de grande en la pared de la cocina. (*Grandes risotadas. Entran el ministro y el cardenal con pañuelos en las narices*).

NICANOR. (*Al ministro*). Tobías. (*Se abrazan*).

MINISTRO: ¿Qué tal, Nicanor . . . ? (*El coronel se cuadra*).

CORONEL: Señor ministro.

MINISTRO: Belarmino. (*Se abrazan. El cardenal va al coro de mujeres*).

MUJER 4a.: La bendición, su eminencia. (*El cardenal levanta la mano. Las mujeres quimen apretujadas. Lentamente el cardenal las bendice y pasa donde Nicanor*).

NICANOR: Nepomuceno. (*Lo va a abrazar, el cardenal le tiende la mano. Nicanor se arrodilla torpemente y le besa el anillo, lo mismo hace el mayordomo*).  
¿Cómo se te debe decir . . . ?

CARDENAL: Eminencia.

MAYORDOMO: ¿No es su santidad . . . ?

CARDENAL: No todavía.

NICANOR: Pero su santidad vendrá al entierro.

CARDENAL: Está por decidirse.



MINISTRO: Belarmino, los gallinazos, en la portada, casi me quitan el sombrero y uno rozó la cara de su eminencia. ¿No sería bueno espantarlos y montar una guardia allá afuera . . . ?

CORONEL: *(Se cuadra, gira sobre los talones, alza el sable)*. Sooooldados. *(Gran cuadrada)*. A proteger la herencia. *(Los soldados se dispersan en un santiamén y se oyen disparos fuera. Tras ellos sale blandiendo el sable el coronel)*.

CARDENAL: *(Al mayordomo)*. ¿Siguen pagando diezmos y primicias . . . ?

MAYORDOMO: Muy pocos. *(Pausa)*.

NICANOR: *(Al ministro)*. La servidumbre es más peligrosa que los gallinazos.

CARDENAL: Los campesinos son gente buena, están lejos de la corrupción de las ciudades, cerca de Dios.

MAYORDOMO: La situación está muy dura.

MINISTRO: ¿Has tomado medidas . . . ?

NICANOR: Me he visto obligado.

CARDENAL: Pero nuestra madre no ha expresado su última voluntad.

NICANOR: No.

CARDENAL: ¿Cuánto hace que no habla . . . ?

NICANOR: Hace años.

MINISTRO: No hablará más. Caerá en medio del silencio. La conozco.

NICANOR: Sus últimas palabras serían importantes. Al menos para las generaciones venideras.

MINISTRO: Las generaciones venideras que se jodan. *(Pasa a saludar a las mujeres)*. Asunción.

MUJER 4a.: Tobías. *(Se abrazan y ella llora en el hombro del ministro)*.

MINISTRO: *(A la 1a.)*. Concepción. *(La 1a. lo abraza y llora)*.

MUJER 1a.: Quedamos huérfanos.

MINISTRO: La desgracia se cierne sobre nosotros. *(A la 3a.)*. Dolores.

MUJER 3a.: *(Llora sobre el hombro del ministro)*.

MINISTRO: *(A la 2a.)*. Purificación.

MUJER 2a.: *(Lo mira un instante, luego se arroja sobre él, histérica)*. No quiero estar muerta. No quiero estar muerta. No quiero estar muerta. *(Tomándola por las muñecas el ministro la domina)*.

MUJER 4a.: Purificación.

MUJER 3a.: Contente.

MUJER 4a.: Decente hasta la muerte.

**12** MUJER 2a.: *(Gritando)*. No quiero ser decente hasta la muerte.

MINISTRO: *(Dando una sonora bofetada a la mujer 2a.). Silencio. (La mujer 2a. cae en el suelo desmayada. El ministro saca un periódico del bolsillo y lo entrega a la mujer 4a. Esta lo desdobra).*

MUJER 4a.: El retrato de ella.

MUJER 1a.: Muestra.

MINISTRO: La capital está enlutada. El parlamento reunido, grupos oscuros en las calles miran consternados ese mismo retrato. Ya se habían olvidado de ella las nuevas generaciones . . . Y ahora, cuando se muere, un estremecimiento de terror sacude las multitudes.

MUJER 4a.: Está fresca.

MUJER 3a.: Bella.

MUJER 4a.: Nadie puede reunir como ella, la juventud y la vejez, la frescura y la podredumbre, el perfume y la hediondez, la dulzura y el poder. *(En ese momento la muñeca larga algo como un estertor, un pedo, o un eructo. No se sabe bien y se tambalea a punto de caerse. Todos la miran asustados pero listos a saltar sobre ella si se cae. Pausa. Entra el presidente).*

PRESIDENTE: Buenos días.

MINISTRO. Señor presidente.

PRESIDENTE: Chisst. Vengo casi de incógnito.

CARDENAL: Parece que ya estamos todos.

PRESIDENTE: Afuera se están amontonando los bastardos. Hice disparar sobre algunos de ellos. Mantener la pureza de la familia es en estos momentos indispensable.

NICANOR: Yo tengo a raya los gallinazos y la servidumbre.

PRESIDENTE: He declarado turbado el orden público.

CARDENAL: Belarmino ha rodeado la hacienda.

PRESIDENTE: ¿Y cómo está nuestra madre . . . ?

NICANOR: No ha llegado todavía su última hora.

PRESIDENTE: Pero hiede.

CARDENAL: Es casi insoportable.

PRESIDENTE: Y hiede a cien kilómetros a la redonda. Hay gallinazos.

NICANOR. Ha habido que eliminar a los sospechosos.

MAYORDOMO: Han matado gente buena, fiel.

NICANOR: Inevitable.

PRESIDENTE: Inevitable.

CARDENAL: No matarás. *(Silencio. Nuevo estertor. La muñeca se mueve. Todos quedan paralizados. Con tremendo grito de las mujeres, la muñeca se precipita al suelo. Todos se arrojan sobre ella como aves de rapiña, la desgarran, le sacan las entrañas, le arrancan los brazos).*

PRESIDENTE: Orden. Orden.

MINISTRO: Decencia. Compostura.

CARDENAL: Coronel Belarmino, salve usted la patria. *(El coronel entra).*

MAYORDOMO: No maten a ése. Es mi hijo. A ése tampoco; es mi hermano. *(Le quita un muñeco a un soldado y trata de revivirlo).* Es mi hermano, es mi hermano, es mi hermano.

CARDENAL: El entierro. *(Las mujeres se apoderan de un muñeco y lo vuelven pedazos).*

NICANOR: El entierro.

PRESIDENTE: Orden. Orden por favor. El entierro.

MUJER 4a.: El entierro.

MINISTRO: El entierro. El entierro.

CARDENAL: *(Se pone a la cabeza del entierro. Se forma el cortejo. El cardenal entona la oración de los muertos; los otros, mientras responden, tratan de recomponer la muñeca destrozada. La llevan hacia el fondo de escena y la colocan en el suelo rezando. Luego las mujeres limpian, arreglan todo, el mayordomo y algunos soldados se llevan los muertos).*

PRESIDENTE: Hay que lavar la sangre. *(Pausa).*

MINISTRO: Fue un bello entierro.

CARDENAL: Como se lo merecía nuestra madre.

CORONEL: *(A los soldados).* A sus puestos. A vigilar todo. Ojo vivo. Ojo vivo. *(Desaparecen los soldados).*

NICANOR: Estamos en grave peligro.

PRESIDENTE: Son desgracias que se abaten sobre los pueblos.

MINISTRO: Desastres inevitables como los terremotos. *(Pausa).*

MAYORDOMO: Ha aumentado el cerco de gallinazos.

CARDENAL: Va a ser difícil salir de aquí.

PRESIDENTE: Yo tengo que volver a la capital. El destino del país está en mis manos.

CORONEL: Confíe en mí. *(Pausa).*

NICANOR: Hiede. *(Pausa).* Hiede más que antes. *(Al mayordomo),* mójame el pañuelo en agua de colonia.

**14** MINISTRO: Y el mío.

PRESIDENTE: Y el mío.

CARDENAL: Y el mío.

MUJER 4a.: Y el mío.

NICANOR: Y aviva los sahumerios. Que todo huele a bálsamos a resinas a incienso.  
(Pausa).

PRESIDENTE: (Al coronel). Siento mucho tenerlo que decir, pero es usted el que hiede ahora.

CORONEL: ¿Yo . . . ? Me molesta decírselo, pero es usted.

PRESIDENTE: (Al ministro). Y usted también.

MINISTRO: El que hiede ahora, y perdóneme, es usted.

CARDENAL: (Al ministro). No. Es usted.

MINISTRO: Es usted.

MUJER 4a.: Son ustedes.

PRESIDENTE: El olor viene de allá. (Señala el grupo de mujeres).

MUJER 2a.: De allá.

MUJER 1a.: De allá . . . Pero tú también hueles.

MUJER 3a.: Y tú.

MUJER 4a.: Todos ustedes. (El mayordomo entra con una bandeja de pañuelos.  
Todos se precipitan, toman sus pañuelos).

PRESIDENTE: Qué alivio.

MINISTRO. Respiro.

NICANOR: No nos confiemos. Estamos en grave peligro.

CARDENAL: Pero se respira.

MUJER 4a. Se respira.

MINISTRO: Se respira.

PRESIDENTE: Se respira.

MUJER 1a.: Se respira.

MUJER 2a.: Se respira.

MUJER 3a.: Se respira.

TODOS: (Gran suspiro de alivio).

TELON

# LA ORGIA



## PERSONAJES:

VIEJA  
EL MUDO  
MENDIGO 1  
MENDIGO 2  
MENDIGO 3  
ENANA

*(Sentada en un viejísimo sillón ante un espejo, la vieja se acicala, a los dos lados del sillón, dos montones de ropa que fue fina y elegante años atrás).*

VIEJA: ¡Yo qué sé dónde la escondiste! ¡Siempre la escondes en los sitios más raros y me acusas a mí de habértela robado! ¡Siempre la misma cosa! ¡Dios nuestro señor que está allá y nos ve sabe que no te robo la plata! ¡Quién sabe dónde la metiste, avaro! ¡Te come la avaricia! *(Pausa. Vuelve a acicalarse, su hijo, el mudo, gruñe furioso buscando por todas partes. Se dirige al público y acusa a su madre de robarle lo que él gana lustrando zapatos).* Además, si utilizo algunos centavos no me los robo. Tengo derecho a ellos porque lo he engendrado y parido y criado y sostenido del todo al todo. Soy su madre. *(El mudo se vuelve donde ella y le reclama, de nuevo, la plata).* Lo que pasa es que estás celoso. ¡Estás celoso! Celos . . . celos, te comen los celos. ¿Cuánto hace? ¡Ay, deja eso de la plata! ¡Oyeme! ¡Qué va a oír! ¡Es sordo como una tapia! ¡Dios me castigó con esta carga! ¿Cuánto hace? ¿Treinta . . . cuarenta años . . . Cuarenta y cinco? Cuaren-

ta y siete tal vez . . . Tu estabas igualito, naciste así. *(El mudo le hace señas de que le robó treinta y cinco pesos)*. ¿Treinta y cinco? ¡No es cierto! Te saqué veinte infelices pesos para la orgía de los treinta. ¡Veinte miserables pesos mudo de mierda! ¡Ahora va a decir que él es el que me sostiene! Si no fuera por la generosidad de ellos, sí, sí, de esos que odias, de esos que te dan celos, me moriría ingrima en esta mazmorra. *(Pausa. Vuelve a acicalarse. El mudo gruñe con una rabia impotente, le hace señas de que la mataría, de que le torcería el pescuezo)*. Serías capaz. Serías capaz. *(Pausa. Sigue acicalándose, peinando pomposamente sus grises cabellos)*. ¿Cuánto hace? ¿Cincuenta años tal vez? ¿Cincuenta ya? No te robé treinta y cinco, tomé veinte para la orgía de los treinta. Hoy toca orgía. Y no me digas nada. Hablas mucho. *(Pausa)*. Qué va a hablar. Es mudo como una piedra. *(Pausa)*. Tu padre, míralo. *(El mudo sonríe beatífico. Tiene veneración por el padre. Contempla el retrato. Su rabia se evapora)*. Era el hombre más hablador del mundo. Cómo se le movía el bigote . . . Todavía se le mueve, me parece. *(El mudo gruñe)*. Hasta de él tienes celos . . . ¿Cuánto hace? Pongamos cuarenta justos. *(Hace un verdadero streep tease mientras habla. Se cambia vestidos viejísimos a punto de deshacerse)*. El príncipe heredero me besó la mano en el tren, en Argentina. A ver, a ver, ayúdame. ¡Hazlo por tu padre! ¡El adoraba esta historia! *(Lo acaricia, lo aplaca y lo convence)*. Estás allí. Vamos en el tren. *(El mudo sonríe. Le gusta el tren. Lo imita)*. Por la ventanilla se ve la pampa. ¡Toda la pampa! El príncipe heredero hace su primer viaje a Suramérica. Viene a mi recámara. ¡Enderézate! El príncipe heredero parecía haberse tragado un paraguas ¡Junta los talones! El príncipe heredero parecía que llevara una alverja entre las nalgas. *(Le quito la mano que el mudo torpemente trata de besar. El mudo se agarra desesperadamente a la mano y lucha por besarla)*. ¡Quita! ¡Quita imbécil! ¡Ahora vienes con zalamerías! ¡Avaro! *(El mudo se enfurece. Agarra una olla que está en una mesa, al fondo)*. La comida. Deja allí la comida de la orgía; la compré con mi plata. Con mi plata mía. ¡Ay, Dios mío! Dios mío, ¿por qué me diste este castigo? ¡Con él pago mis culpas, señor! ¡Mea culpa! ¡Mea putísima culpa! *(El mudo deja la olla y se le acerca. Se arroja junto a ella. Se echa lentamente la bendición entre gruñidos tiernos. Coloca la cabeza en la falda de ella. Empuja como si quisiera volver al vientre. Ella lo acaricia, sonríe)*. Quisieras volver a entrar allí, ¿no? Te gustaría arrodetarte otra vez aquí dentro. *(Se toca el vientre)*. Y cuando estabas allí pataleabas por salir. ¡Así son los hombres! ¡Se pasan nueve meses luchando por salir y toda una vida luchando por entrar! *(Ríe. Ríe hasta las lágrimas)*. Bueno. Bueno, tranquilízate. No me abrases tan fuerte que se me despierta el diablo. En lugar de tanto amor deberías ser más generoso. ¡Levántate! ¡No gruñas! Tienes que ir donde Jacobo, donde Pedro, donde . . . No refunfuñes ni gruñas. Nada de celos. Ya no hay nadie, querido mío. Ya no tengo diablo. Mi viejo diablo está requete viejo y dormido. Sólo oigo de vez en cuando sus estertores. Y los diablos de ellos están dormidos también. Pedro, Juan, Jacobo, Antonio, Augusto, Hugo, Alberto, Luis,

Nicolás, Santiago, Angel, Norberto y Filiberto y los muertos, que en paz descansan. Ya no hay nada de lo que tú mirabas por las rendijas. ¡Ah! ¡Pícaro! Te gustaba mirar a tu madre. Te gustaba ver esas cosas, ¿no es cierto? Ya sé que los odias, pero tienes que ir donde ellos y sacarles plata. Como tú eres tan avaro, tengo que mendigar la ayuda de ellos. ¡Yo también soy una mendiga! ¡Como mis mendigos! Como mis mendigos de la orgía de los treinta. Los que tú odias. *(El mudo le hace señas de que se gasta la plata con esos asquerosos. Los escupe, escupiendo hacia el público)*. Es mi plata, me la gané yo. Me la gané yo, me la gané yo cuando era yo y me la sigo ganando como recuerdo. *(El hace señas de que no es cierto, de que todo se lo roba a él. Se voltea los bolsillos al revés para indicarle lo que ella hace)*. Eres un avaro, un maldito avaro. Sí, gasto la plata con los mendigos, me divierto con los mendigos. Tengo derecho a divertirme. Vete, vete a buscar la plata. A lustrar todos los zapatos del mundo. Vergüenza de tu madre ¡vete! *(Lo amenaza con la escoba. El mudo escapa riendo y jugando con ella. La vieja se sienta, cansada, en su viejísimo sillón. Pausa)*. Jacobo, ¿eres tú? ¿Sabes? El príncipe heredero del trono de Inglaterra, por allá, en la época de la primera guerra hizo su primer viaje a Suramérica. ¡Y el último! ¿Cómo quieres que venga a esta horrible Suramérica de hoy? ¡Vamos en el mismo tren . . . Yo tenía un vagón-lit, todo para mí . . . por la ventanilla se veía la pampa y . . . el tren . . . Poca plata, poco peso, poca plata, poco peso. *(Acelera hasta el paroxismo)*. Pero eso costaba . . . *(Empieza rápido y va terminando lentamente hasta la relajación completa)* . . . Mucha plata, mucho peso, mucha plata, mucho peso . . . shshshshshsh . . . *(Como si la locomotora largara el vapor)*.

MENDIGO 1: Alabado sea Dios.

VIEJA: ¿Llegaste? ¿Dónde estabas, viejo sarnoso?

MENDIGO 1: No estoy bien . . . el pecho . . . *(Tose, escupe en un trapo ensangrentado)*.

VIEJA: Déjate de darte ínfulas. No tienes derecho a contraer enfermedades tan delicadas. En mi tiempo era una enfermedad distinguida. Ahora hay mucha igualdad.

MENDIGO 1: Si por lo menos se comiera en estas orgías de los treinta, me iría mejor. ¡Por lo menos una vez al mes!

VIEJA: Se trata de una velada espiritual. De un recuerdo. No permitiré que la manche el materialismo de estos tiempos.

MENDIGO 1: Hoy cobro un peso con treinta.

VIEJA: ¿Por qué?

MENDIGO 1: Vivo más lejos; tengo que tomar bus.

VIEJA: Jacobo iba en coche. Berlina inglesa.

**18** MENDIGO 1: ¿Quién?

VIEJA: Vístete. *(El flaquísimo mendigo se desnuda. Tirita. Escoge en uno de los montones de ropa una vieja camisa de pechera con boleros y se la pone. Tose).* No vayas a ensuciar la ropa de Jacobo. *(El mendigo se pone el saco-leva comido por la polilla. Los pantalones, todo le queda grande. Se pone el cubilete pero no le entran los guantes. Tiene los dedos torcidos por la artritis).* Jacobo, te has empequeñecido . . . Ah, querido, acomódame la silla. Recoge esa cortina, que no veo bien . . . Pásame los binóculos . . . ¡Por Dios, viejo sarnoso! ¡Métete los guantes por el culo pero no les des más vueltas, me vas a marear!

MENDIGO 1: No entran.

VIEJA: No hables.

MENDIGO 1: *(Con rabia).* ¡Pero es que no me entran!

VIEJA: Cállate.

MENDIGO 1: ¡No me grite! *(Tira los guantes al suelo).*

VIEJA: ¿Quieres irte sin orgía? ¿Quieres perder tu limosna? *(Grita).*

MENDIGO 1: *(Humilladísimo).* No, no señora.

VIEJA: ¡Recoge los guantes! *(El mendigo recoge los guantes, lo ataca la tos).*  
¡No tosas! *(El mendigo 1 como puede, contiene la tos).*

MENDIGO 1: Qué . . . *(Le vuelve la tos, se contiene).* ¡Tengo tos!

VIEJA: ¡Aguántate!

MENDIGO 1: *(Recalcando).* Tengo tu-ber-cu-lo-sis.

VIEJA: No hables de eso. *(Pausa breve).* Empieza. Estoy impaciente. *(Pausa).*  
Mientras llegan los otros.

MENDIGO 1: ¿Qué empieza?

VIEJA: ¡Empieza!

MENDIGO 1: *(Se inclina ceremonioso)* Qué bella está usted, María Cristina. *(Le ataca la risa y se ríe a hurtadillas).*

VIEJA: No vayas a toser.

MENDIGO 1: Oiga como me suena el pecho. *(Le suena el pecho).*

VIEJA: Querido Jacobo, acomódame la silla. Recoge esa cortina que no veo bien. Dame los binóculos. *(Mirando al público con unos destartalados binóculos que le pasa el mendigo).* Mira, allí están. Cada uno con su vidita privada bien cerrada con llave . . . Han venido a no ver. Por eso vienen. Si vieran se asustarían. ¿Estarán muertos? No. Allá hay uno que se mueve. Es fulano de tal. Lo mantiene fulana de tal que es amante del tal por cual. Mira ésa. *(Le murmura infinidad de cosas al oído al mendigo. Los dos ríen).* Mira la otra. *(Le pasa los binóculos. El mendigo mira. Le devuelve los binóculos y le dice una sarta de cosas al oído. Tantas que se ahoga y tose).* Viejo puer-



co de mierda, itose para ei otro lado! *(Mira con los binóculos)*. ¡Y aquél, aquél! ¡Oh, aquél! *(Le dice cosas al oído al mendigo. Los dos empiezan a reír cada vez más alto. El mendigo señala a alguien en el público y ríen violentamente. De pronto la vieja corta la risa y le baja el brazo al mendigo)*. ¡No señales, se dan cuenta! *(Le hace señas al mendigo para que le oiga un secreto. Este se inclina. Oye el secreto. Asiente con la cabeza. Mira con los binóculos y le dice cosas a ella al oído. El juego se acelera. Se pasan los binóculos a toda velocidad y se dicen cosas atropelladas. Entra el mendigo 2)*.

MENDIGO 2: Buenas.

"Los  
papeles  
del  
infierno"  
en  
la  
foto:  
Aída  
Fernández  
Guillermo  
Piedrahita



VIEJA: No interrumpas. Estamos en el teatro. *(El mendigo 2 finge interesarse. Mira al público).*

MENDIGO 2: ¿Qué están representando?

VIEJA: La vida de ellos. *(Señala al público).*

MENDIGO 2: ¿Y qué tal?

VIEJA: Aburrida. ¡Vístete! Hoy te toca de Pedro.

MENDIGO 2: Desde hoy cobro uno con cincuenta por las orgías de los treinta.

VIEJA: *(Al mendigo 1)* ¡Qué espectáculo tan divertido! ¡El más divertido del mundo! ¡Mira! *(Reinician el juego pero más lento)*. ¡Ay, Jacobo! los chismes me excitan tanto. *(El mendigo 1 le dice un largo chisme al oído. Entretanto el mendigo 2 se desviste. Lleva bajo los harapos un viejo vestido a rayas de prisionero. Se pone encima un amplio abrigo de terciopelo y en la cabeza un cubilete desfundado. El mendigo 1 sigue en su chisme larguísimo)*. ¿Ese? *(Ella señala. El mendigo 1 le mueve la mano)*. ¡Ah, ése! *(Le mueve la mano. La vieja se levanta)*. ¡Ah, ah, ése, ése! *(Le mueve la mano. Los dos avanzan al proscenio)*. ¿Ah, ése? *(Le mueve la mano. Avanzan más)*. ¿Esta, entonces? *(Le mueve la mano. Llegan al borde del proscenio)*. ¡Esta! *(Recoge la vieja su mano como si le hubieran quemado el dedo)*. Estamos señalando. ¿Crees que se han dado cuenta? No . . . *(Contempla al público con ternura)*. No se han dado cuenta, son tan inocentes . . .

MENDIGO 2: He dicho que de ahora en adelante cobro uno con cincuenta por cada orgía de los treinta.

VIEJA: *(Al mendigo 1)*. ¡Lávate esa boca alguna vez, viejo sarnoso! Es una verdadera sepultura. *(Al mendigo 2)*. No han llegado los otros.

MENDIGO: Si no está dispuesta a pagarlos, entonces me desvisto. *(Hace amago de desvestirse)*.

MENDIGO 1: Es muy caro, señora, está abusando.

MENDIGO 2: ¡Lambón!

VIEJA: ¡Recua de zánganos! Manada de asquerosos vagabundos. Siempre tengo que esperarlos.

MENDIGO 2: Entonces me desvisto. *(Se quita el abrigo)*.

VIEJA: ¡Asqueroso, malagradecido! ¿Quién te hizo sacar de la cárcel? ¿A quién le debes la libertad? ¿Cuánto vale la libertad?

MENDIGO 2: Vivo muy lejos; llego aquí sin aliento . . . y después . . .

VIEJA: ¿Y después qué?

MENDIGO 2: Y después se come peor en cada orgía . . .

VIEJA: ¿No pueden pensar más que en comer? ¿Comer es todo para ustedes? Por eso estamos en este país como estamos. Porque no se piensa sino en comer.

MENDIGO 1: Es cierto, señora. *(Al mendigo 2)*. No piensas en otra cosa.

MENDIGO 2: Es que sufro del estómago. *(Ríe)*.

MENDIGO 1: Es un materialista, señora. *(Al mendigo 2)*. Yo estoy pidiendo uno treinta y tengo que tomar bus.

MENDIGO 2: *(Acercándosele)*. Infeliz, ¿quieres que cuente otras cosas tuyas?

MENDIGO 1: Señora, estamos en el teatro. *(Mira al público con el binóculo)*.

MENDIGO 2: ¡Jesuita!

VIEJA: Bueno, resolvamos esas bajezas. Subo de un peso a uno con veinte la limosna de las orgías de los treinta, pero ni un centavo más.

MENDIGO 1: El bus cuesta treinta y va a subir a cuarenta.

VIEJA: Uno con veinte, nada más.

MENDIGO 2: ¡Eso es explotación!

MENDIGO 1: *(Al mendigo 2)*. Te tiraste todo. Yo había logrado ya mi uno con treinta.

VIEJA: Si no les gusta, cambio de pordioseros. Están así. *(Junta y separa los puntas de los dedos de la mano derecha)*. Pululan.

MENDIGO 2: ¡Pura explotación!

VIEJA: Y los otros no llegan.

MENDIGO 2: Si todos nos ponemos de acuerdo . . .

VIEJA: Todos saben que es el treinta de cada mes. El treinta. Todos los meses tienen treinta . . .

MENDIGO 1: Nos hubiéramos puesto de acuerdo antes.

VIEJA: El único que no tiene treinta es Agosto, que tiene treinta y uno.

MENDIGO 2: Y cada vez nos da menos comida. ¿Qué hace con lo que sobra? ¿Por qué no reparte toda la comida?

VIEJA: A nadie se le puede olvidar el treinta.

MENDIGO 1: Está más loca cada treinta.

VIEJA: Son treinta miserables mendigos. Mendigos miserables treinta. Miserables treinta, mendigos. Mendigos miserables, treinta.

MENDIGO 2: En un plato de trigo . . .

MENDIGO 1: Comen treinta tigres.

MENDIGO 2: Trigo. *(Ríen)*.

VIEJA: Todos los treinta.

MENDIGO 1: *(Siguiendo la burla)* Hoy es veintinueve. Este mes no tiene sino veintinueve días.

VIEJA: ¿Y qué hacen con el treinta? (*Los mendigos se encogen de hombros*). En otros países donde yo he estado, Argentina, inclusive, todos los meses tienen treinta, pero como este país es un país de ladrones, algunos meses se roban el treinta.

MENDIGO 2: Hoy se robaron el treinta.

MENDIGO 1: Y estamos en veintinueve.

VIEJA: No vendrán todos.

MENDIGO 2: Mejor, comeremos más nosotros.

MENDIGO 1: Podríamos ir destapando la olla.

VIEJA: Jacobo, recuerda que tú eres de poco comer.

MENDIGO 1: ¿Quién?

VIEJA: Tú.

MENDIGO 1: ¿Yo?

VIEJA: Sí.

MENDIGO 1: No sabía.

VIEJA: Hoy haces de Jacobo y Jacobo era de poco comer. Era un caballero.

MENDIGO 1: Caballero de poco comer . . . Qué desperdicio.

VIEJA: ¡Pongan la mesa! (*Los mendigos se precipitan y traen la olla*). Dije la mesa, no dije la olla. Vuelvan a poner la olla en su lugar.

MENDIGO 1: Pero señora . . .

MENDIGO 2: No he pasado bocado desde ayer.

VIEJA: ¡Dije la mesa!

MENDIGO 1: Tenga caridad . . .

MENDIGO 2: Baje un momentico a la tierra, ¡maldita sea!

MENDIGO 1: Un mendrugo para un infeliz. (*Destapa la olla*).

VIEJA: ¡Tapa la olla! (*El mendigo 2 mete la mano y saca algo, se lo mete a la boca rápidamente*). ¡Puerco atrevido!

MENDIGO 2: (*Con la boca llena*). Mum. Mummm . . . umummm. (*Le hace señas de que tiene hambre*).

VIEJA: ¡Ladrón! ¡Ladrón! (*Lo persigue con un palo. El mendigo 1 mete a su vez la mano a la olla y se llena la boca. La vieja tira el palo, va a la mesa, toma un cuchillo y se planta junto a la olla*). ¡Al que se me acerque le rompo el alma!

MENDIGO 1. Mi alma es muy débil, señora.

MENDIGO 2: Yo me comí la mía hace tiempo . . .

MENDIGO 1: No es para tanto señora . . . recuerde que yo soy Jacobo. (*Se arregla la vestimenta*).

MENDIGO 2: Y yo Pedro. (*Hace lo mismo*). Qué tal era Pedro para la muela, señora?

VIEJA: (*Siguiendo el juego*). Era mueco.

MENDIGO 2: Como yo, pero tengo unas encías como piedras de moler.

VIEJA: (*Guardándose el cuchillo en el cinto*). Arreglen las flores. (*Traen un florero con viejísimas flores de papel. La vieja vuelve al juego*). Me las mandó esta mañana el Coronel Pardo. ¿No son hermosas? ¡Huélanlas!

MENDIGO 1: (*Siguiendo la broma*). ¡Qué perfume!

VIEJA: (*Al mendigo 2*). Huela usted, caballero.

MENDIGO 2: ¡Rosas!

VIEJA: Son fucsias.

MENDIGO 2: ¡Qué digo, fucsias!

VIEJA: (*Recordando al elada*). El Coronel Pardo siempre me mandaba fucsias. (*Entra el mendigo 3*). ¡Coronel! (*Le tiende la mano para que se la bese. El mendigo vacila un instante, los otros dos mendigos se desternillan de risa, el mendigo 3 le besa la mano, la vieja la retira con disgusto*). ¿Por qué llega tan tarde mocho de mierda? ¡Vístase rápido! ¡Póngase el uniforme! Hoy hace de Coronel Pardo. El uniforme de gala. (*El mendigo 3 empieza a rebuscar en el montón de ropa*). Llegó el orden. El orden y la disciplina, usted Coronel pondrá aquí orden y disciplina. (*A los mendigos 1 y 2*). ¡Si no observan el orden y la disciplina perderán la limosna y las orgías del treinta de cada mes!

MENDIGO 1: Pero cada treinta comemos menos.

MENDIGO 2: El mes pasado sobró mucho.

VIEJA: Siempre tiene que sobrar.

MENDIGO 1: ¿Por qué?

VIEJA: Porque abunda.

MENDIGO 2: ¿Y qué hace con las sobras?

VIEJA: Las tiro, las boto, las arrojó . . . así.

MENDIGO 1: ¿Dónde las boto?

VIEJA: ¡Jacobo!

MENDIGO 1: Qué Jacobo de mierda. Quiero las sobras.

VIEJA: Silencio, viejo asqueroso, si vuelves a empezar se termina todo y no pisas más esta casa. Coronel, le tengo muchas quejas de estos tipos.

**24** MENDIGO 3: Debía echarlo, señora, es un grosero.

MENDIGO 2: O no admitirlo en las orgías de los treinta. Para las orgías el personal debería ser escogido.

MENDIGO 1: ¡Hijos de perra! (*Tira los guantes*).

VIEJA: ¡Silencio! Recoge los guantes, Jacobo. ¿Está listo, Coronel?

MENDIGO 3: Sí, señora, pero le quería decir . . .

VIEJA: No, no, no, no nos lo vaya a contar otra vez.

MENDIGO 3: Que las orgías . . .

VIEJA: No nos vaya a contar otra vez . . .

MENDIGO 3. Son muy baratas, mejor dicho, señora . . . mejor dicho, señora, un peso es muy poco por una orgía . . . yo estaba pensando . . .

VIEJA: No queremos saber cómo perdió la pierna en la guerra de los mil días . . . Hay tantas versiones. Pero es la diezmilésima vez que lo cuenta, Coronel . . . ¿Cómo fue?

MENDIGO 3: No es que yo quiera dármelas de nada, pero yo tengo una cosa muy buena para las orgías, señora. A mí me falta una pierna. Esa es una cualidad que no tienen todos.

VIEJA: Su pierna. Su preciosísima pierna que está en el altar de la patria. Allí está tendida. Entre ideales. (*Pausa breve*). Podrida, hedionda, llena de gusanos; ¡es un asco!

MENDIGO 3: (*Gritando*). No, señora. Es una cualidad. Es algo único. Si no me paga dos pesos por orgía, mi pierna no funciona. (*Pausa. Hay un difícil silencio*).

MENDIGO 1: Subió a uno veinte. No habrá un centavo más.

MENDIGO 2: O nos sube a todos o a ninguno.

MENDIGO 3: Ustedes tienen las dos piernas.

VIEJA: Se terminó. Pueden irse. Esta es una orgía del arte y del recuerdo, no del comercio. Hagan lo que quieran. Puedo conseguir otros pordioseros, tengo muchas solicitudes. Están así. (*Repite el gesto de los dedos*). Pululan. (*Los mendigos hablan entre ellos. Pausa*).

MENDIGO 3: (*Cuadrándose*). Señora ¡Estoy listo!

VIEJA: Su pierna, su cansadísima pierna. ¿Cómo fue que empezó a andar sola?

MENDIGO 3: Yo iba a la cabeza de los liberales. Llevaba la bandera roja ondeando, ondeando.

VIEJA: Flameando, se dice flameando.

MENDIGO 3: Flameando. Allí adelante estaban los desgraciados conservadores.

MENDIGO 2: No empieces a hablar mal de los conservadores: no lo permito, señora. Siempre se aprovecha de las orgías de los treinta para hacer política.

MENDIGO 3: Los desgraciados de los conservadores: los godos infelices . . .

MENDIGO 2: No le permito, señora. No le permito. ¿Quieres perder la otra pierna? (*El mendigo 1 se desternilla de risa*). ¿Quieres perder la otra pierna? (*Saca una navaja, oprime el botón y la navaja se abre*). ¿Quieres tener al otro lado otro palo lleno de gorgojo? (*El mendigo 3 saca una puñalita de la muleta*).

VIEJA: Adoro las batallas políticas. (*Al mendigo 1*). Jacobo, ¿tú qué eres?

MENDIGO 1: (*Cortando la risa y santiguándose*). Cristiano, señora. (*Entra la enana*).

ENANA: Ujujuuuuu: ¡viva yo! (*Pausa. Silencio. La enana observa la escena*). ¿Ya empezó la orgía? (*Los dos mendigos guardan lentamente sus armas, la enana se vuelve hacia la vieja*). Me demoré porque hoy no es treinta. Es veintinueve. Pero esta mañana, en la iglesia pregunté y me dijeron: que era fin de mes. Pero no es treinta, dije. Es año bisiesto, me dijeron. Y entonces, vine.

VIEJA: Y ahora mi historia.

MENDIGO 2: Contada Jijue mil veces.

MENDIGO 1: Usted iba en el tren.

VIEJA: (*Arrobada*). Sí.

MENDIGO 2: Por la ventanilla se veía la pampa.

VIEJA: Sí. (*Pausa*). Se ve.

MENDIGO 1: Allá en la pampa. (*Señala al público*). Todavía no ha amanecido, está oscuro.

ENANA: ¿Me visto?

VIEJA: Sí.

ENANA: ¿De qué?

VIEJA: De cualquier cosa. De Obispo, si quieres.

ENANA: ¡Eso! ¡De Obispo! (*Empieza a vestirse*).

MENDIGO 3: El príncipe heredero del trono de Inglaterra . . .

MENDIGO 1: Que hacía su primero y último viaje por Sudamérica.

MENDIGO 2: Iba en el tren . . .

VIEJA: Poca plata, poco peso, poca plata, poco peso . . .

MENDIGO 3: Usted tenía un vagón-lit para usted sola.

VIEJA: (*Acelerando*). Poca plata, poco peso, poca plata, poco peso, poca plata, poco peso . . .

**26** MENDIGO 1: (*Alzando la voz*). Y entonces el príncipe heredero . . .



"Los papeles del infierno" de Enrique Buenaventura

director: Danilo Tenorio

en la foto: Luis Fernando Pérez Aída Fernández Gilberto Ramírez

VIEJA: *(Como música de fondo)*. Poca plata, poco peso, poca plata, poco peso, poca plata, poco peso, poca plata, poco peso . . .

MENDIGO 2: Vino a su vagón-lit y . . .

MENDIGO 3: ¡Le besó la mano! *(Lentamente el mendigo 3, imitando al príncipe heredero, se acerca a la vieja, le besa la mano y en profundo secreto le dice:)* I love you . . .

VIEJA: Yes . . . yes . . . *(El mendigo 3 hace como que mira por la ventanilla del tren y se atusa unos imaginarios, enormes bigotes)*.

MENDIGO 3: Oh, la pampa ser very good . . .

VIEJA: Yes . . . yes . . . *(Por lo bajo repite, con los ojos perdidos en el recuerdo, su estribillo:)*. Poca plata, poco peso, poca plata, poco peso, poca plata, poco peso . . .

MENDIGO 3: Mucha tierra, muchísima tierra . . .

VIEJA: Oh, yes . . . yes . . . Poca plata, poco peso, poca plata, poco peso, poca plata, poco peso . . .

MENDIGO 3: *(Se da vuelta y le toma la mano de nuevo)*. You mucha mujer, muchísima mujer . . . You very good . . .

27



VIEJA: ¡Yes . . . yes . . .! Poca plata, poco peso, poca plata, poco peso . . .  
(*Los mendigos 1 y 2 se acercan haciendo sus personajes, la vieja los presenta*). Príncipe, mi amigo Jacobo.

MENDIGO 1: (*Saludando*). ¡Señor príncipe!

VIEJA: Un hombre de mundo. ¡Muy viajado! Mucho tiempo en París, mucho tiempo en Roma, mucho tiempo en todas partes . . . Poca plata, poco peso, poca plata, poco peso, poca plata, poco peso . . . Y éste es mi amigo Pedro. ¡Otro hombre de mundo! Embajador en muchas partes . . . Habla su idioma y otros muchos idiomas . . . ¡Muchos idiomas! . . . Poca plata, poco peso, poca plata, poco peso, poca plata, poco peso . . .

MENDIGO 3: Oh, very good, very good . . . amigos.

MENDIGO 2: Señor príncipe, very good . . . very good . . .

VIEJA: Oh, yes, yes . . . poca plata, poco peso, poca plata, poco peso, poca plata, poco peso . . .

MENDIGO 1: Poca plata, poco peso, poca plata, poco peso . . .

MENDIGO 2: Poca plata, poco peso, poca plata, poco peso, poca plata . . .

MENDIGO 3: Poca plata, poco peso, poca plata, poco peso, poca plata . . . (*Los cuatro podrían ser confundidos con un antiguo daguerrotipo, si no se movieran lentamente, imitando el movimiento del tren y si no repitieran todo el tiempo el estribillo. En este momento la enana está vestida de obispo. Con una escoba que le sirve de báculo golpea el suelo violentamente y grita en forma estridente:*)

ENANA: ¡Dómine! (*La "estampa" de los "viajeros" es destruida por el grito. Hay un instante de confusión*). Secuencia Sancti Evangeli Secundum Joani . . . (*La vieja se arrodilla y se santigua*).

VIEJA: ¡El Tedeum! ¡La procesión! ¡Detrás de las autoridades eclesiásticas van todas las autoridades y allá, en la cola, el pueblo! ¡Ora pro nobis!

ENANA: ¡De profilitatus nostrum peccatorum mea!

TODOS: ¡Ora pro nobis!

ENANA: ¡Requiem eterna dona et dómine!

TODOS: ¡Ora pro nobis . . .!

ENANA: (*Cantando*). Kírie, eléison, Criste eléison.

TODOS: ¡Ora pro nobis!

ENANA: Kírie, eléison.

Christi, audí nos.

Christi, exáudi nos.

¡Pater de colis, Deus!

¡Miserere Nobis!

**28** TODOS: ¡Miserere Nobis!

ENANA: ¡Redentor mundi!

¡Miserere Nobis!

TODOS: ¡Miserere Nobis!

ENANA: (*Deteniéndose*). ¡Siempre habrá pobres y ricos, dijo el Señor en la Montaña, pero de los pobres será el reino de los cielos y es más fácil que pase un camello por el ojo de una aguja que un rico por la puerta del cielo, por eso los ricos deben repartir todo entre los pobres, Amén.

TODOS: ¡Amén!

ENANA: (*Agarra la olla y escapa*). ¡Amén! ¡Amén! ¡Amén!

MENDIGO 2: (*Corriendo tras la enana*). ¡La comida!

MENDIGO 1: ¡La comida!

MENDIGO 3: ¡La comida! ¡La comida!

ENANA: ¡Yo la sirvo! ¡In nómine Patris, et Filium . . .!

VIEJA: ¡Alto! (*Navaja en mano, se apodera de la olla*). ¡Nada de comida por ahora! ¡Estamos en plena orgía! ¡Pasa la botella, enana inmunda! ¡La bebida sin medida, la comida con mesura y distinción! ¡Esta es una orgía decente!

MENDIGO 1: ¡Cada vez es más difícil comer en estas puercas orgías!

VIEJA: ¡Coronel, organice las tropas! ¡Les voy a pasar revista! El Coronel Pardo me llevaba siempre a ver las paradas militares . . . Los soldaditos se derretían bajo el sol mientras yo les pasaba revista. ¡El que se desmayaba era fusilado inmediatamente! (*El mendigo 3 organiza al mendigo 1, al 2 y a la enana*).

MENDIGO 3: ¡Atención, firrrr! ¡Junten los talones! ¡Como si cada uno se hubiera tragado un paraguas! ¡Como si apretaran una alverja en el culo!

MENDIGO 1: ¿Y la comida?

MENDIGO 3: ¡Nada de comida! Los soldados no pueden luchar con la barriga llena. ¡Un trago para animarse! (*Pasa la botella. Los mendigos-soldados, beben*). ¡Eso los vuelve feroces! ¡Quiero fieras! ¡La defensa del orden necesita fieras! (*Al mendigo 1*) ¡Ruja!

MENDIGO 1: (*En lugar de rugir, tose*). Tengo tuberculosis.

MENDIGO 3: ¡Nada de disculpas!

MENDIGO 2: En el cuartel nos daban comida . . .

MENDIGO 3: ¡Austeridad! ¡Apretarse el cinturón! ¡La Patria requiere sacrificios!

VIEJA: ¡Muy bien, así se habla, Coronel!

MENDIGO 3: Yo estuve en el ejército, señora y fui a la guerra y sé cómo hablan los militares. (*A los mendigos-soldados*). ¡En guardia! ¡Al ataque! ¡Fieras! ¡Fieras! ¡Quiero fieras! (*Los mendigos-soldados miman una guerra, quedan todos muertos. La enana recorre el campo de batalla*).

ENANA: Requiet canti in pace . . .

VIEJA: ¡Amén!

MENDIGO 1: (*Resucitando*). ¡La comida!

MENDIGO 2: (*Resucitando*). ¡La comida!

VIEJA: ¡Nada de comida! ¡Los muertos no comen! ¡Vamos a celebrar la victoria! Ven aquí, Jacobo. Eres el Gobernador. Usted aquí, señor Alcalde. (*Al mendigo 1*). Tú me cuentas cómo va el gobierno. Yo no entiendo nada y me río.

ENANA: Yo estoy al lado del gobierno.

MENDIGO 1: Deudas, empréstitos, inversiones extranjeras, banquetes de la austeridad, desfalcos, conspiraciones, prisiones . . ., cárceles, calabozos, embajadores, reinas de belleza, ministros, actos de caridad, gerentes, obispos, empresa privada, jerarquías, impuestos, huelgas, atentados, mayorías silenciosas, minorías bulliciosas, bancos, bancos, bancos . . .

VIEJA: Jacobo, di tu discurso . . . Ah, recuerdo los discursos, los grandes discursos cayendo como la lluvia . . . Hable usted, señor Gobernador, estamos esperando . . .

MENDIGO 1: ¡Quisiera comer algo!

MENDIGOS: ¡Bravo!

VIEJA: ¡Siempre tan demagógico!

MENDIGO 1: Deberíamos poder comer a gusto en las malditas orgías de los treinta: ¿Por qué no se puede comer? pregunto yo, señores. ¿Por qué, estando allí la comida tenemos hambre? ¿En qué consiste, señoras y señores, este enigma? ¿Quién lo habrá de resolver? Tengo el estómago pegado al espinazo, tenemos un hambre de perros, la comida está a mano y no podemos estirar la mano. ¡Que se nos dé de comer en las orgías de los treinta! (*Le da la tos*).

VIEJA: Uno de los mejores discursos de uno de los mejores gobernadores en una de las mejores orgías.

MENDIGO 2: ¡No es justo que haya sobras!

MENDIGO 3 Y ENANA: ¡No! ¡No es justo!

VIEJA: ¡Hasta enardece las masas!

ENANA: Cristo repartió los panes y los peces.

**30** MENDIGOS 1 Y 2: Y los frijoles y las arepas.

MENDIGO 1: ¡Queremos las sobras!

MENDIGO 2: ¡Queremos las sobras!

ENANA: ¡Queremos las sobras!

MENDIGO 3: ¡Queremos las sobras!

TODOS LOS MENDIGOS: ¡Queremos las sobras! ¡Queremos todo!

MENDIGO 1: *(Destapando la olla)*. ¡Todo!

VIEJA: ¡Alto ahí! ¡Reparto la comida cuando me dé la gana! *(Agarra la olla)*.

MENDIGO 2: ¡Suelta la olla!

MENDIGO 3: ¡Vieja avara!

VIEJA: *(Luchando)*. ¡Brutos! ¡Borrachos inmundos! Ustedes son la porquería. ¡Retírense! *(Por un instante los mendigos retroceden. La enana queda detrás de ella y trata de alcanzar la olla con el báculo. La vieja toma un cuchillo. La enana retrocede)*. Ustedes son la hez, la mierda. Ustedes no son mis caballeros, sólo abusan de una anciana desvalida que no tiene más que un hijo mudo.

MENDIGO 2: *(Avanzando)*. ¡Se acabó la comedia! ¡Se acabó la comedia!



MENDIGO 3: ¡Vieja loca! ¡Vieja loca!

VIEJA: *(Tirando una cuchillada)*. ¡Atrás, recua de hediondos!

MENDIGO 1: ¡Vieja asesina! ¡Me ha herido! ¡Me ha herido!

MENDIGO 2: ¡Vieja asesina!

MENDIGO 3: ¡Asesina!

ENANA: Ujujuuuuu. ¡Viva la orgía! *(Descargando un baculazo en la cabeza de la vieja. Esta cae hacia atrás, sobre la mesa. Los mendigos caen sobre ella y la golpean y puñalean. Queda atravesada sobre la mesa. Su cabeza cuelga, sus grises cabellos llegan al suelo. En silencio, los mendigos, devoran la comida. El mendigo 1 va a salir)*.

MENDIGO 2: ¿Dónde vas?

MENDIGO 1: A mear.

MENDIGO 2: No es cierto.

MENDIGO 3: Vas a buscar la plata del mudo.

ENANA: *(Al cadáver de la vieja)*. Ego te absolvo in nómini Patris, et Filium, et Spiritu Sancti . . .

MENDIGO 2: Quitémonos estas ropas y busquemos todos juntos. *(Se quitan las ropas y visten de nuevo sus harapos)*.

MENDIGO 1: Estaba loca de remate.

MENDIGO 2: Dicen que el mudo tiene mucha plata escondida. Ha estado guardando durante treinta años.

MENDIGO 3: No es cierto, ella le robaba todo.

MENDIGO 1: Uno que vigile mientras buscamos la plata.

ENANA: Requiet canti in pace. Amén.

MENDIGO 2: Que vigile la enana. *(La suben a la mesa y ella hace como que mira por una ventana)*.

ENANA: Allá viene el mudo. *(Los mendigos escapan seguidos por la enana. Entra el mudo contando dinero. Ve a la vieja, corre donde ella, le levanta la cabeza, avanza luego al proscenio y pregunta al público por qué, por qué ocurrió todo eso . . . por qué)*.

# LA MAESTRA

## PERSONAJES:

LA MAESTRA  
JUANA PASAMBU  
PEDRO PASAMBU  
TOBIAS EL TUERTO  
LA VIEJA ASUNCION  
SARGENTO  
EL VIEJO (padre de la maestra)

*(En primer plano una mujer joven, sentada en un banco. Detrás de ella o a un lado van a ocurrir algunas escenas. No debe haber ninguna relación directa entre ella y los personajes de esas escenas. Ella no los ve y ellos no la ven).*

LA MAESTRA: Estoy muerta. Nací aquí, en este pueblo. En la casita de barro rojo con techo de paja que está al borde del camino, frente a la escuela. El camino es un río lento de barro rojo en el invierno y un remolino de polvo rojo en el verano. Cuando vienen las lluvias uno pierde las alpargatas en el barro y los caballos y las mulas se embarran las barrigas, las enjalmas y hasta la cara y los sombreros de los jinetes son salpicados por el barro. Cuando llegan los meses de sol el polvo rojo cubre todo el pueblo. Las alpargatas suben llenas de polvo rojo y los pies y las piernas y las patas de los caballos y las crines y las enjalmas y las caras sudorosas y los sombreros, todo se impregna de polvo rojo. Nací de este barro y de ese polvo rojo y ahora he vuelto a ellos. Aquí, en el pequeño cementerio que vigila el pueblo desde lo alto, sembrado de hortensias, geranios, lirios y espeso pasto. Es un sitio tranquilo y perfumado. El olor acre del barro rojo se mezcla con el aroma dulce del pasto yaraguá y hasta llega, de tarde, el olor del monte, un olor fuerte que se despeña pueblo abajo. *(Pausa)*. Me trajeron al anochecer. *(Cortejo mudo, al fondo, con un ataúd)*. Venía Juana Pasambú, mi tía.

JUANA PASAMBU: ¿Por qué no quisiste comer?

LA MAESTRA: Yo no quise comer. ¿Para qué comer? Ya no tenía sentido comer. Se come para vivir y yo no quería vivir. Ya no tenía sentido vivir. *(Pausa)*. Venía Pedro Pasambú, mi tío.

PEDRO PASAMBU: Te gustaban los bananos manzanos y las mazorcas asadas y untadas de sal y de manteca.

LA MAESTRA: Me gustaban los bananos manzanos y las mazorcas, y sin embargo no los quise comer. Apreté los dientes. *(Pausa)*. Estaba Tobías el tuerto, que hace años fue corregidor.

TOBIAS EL TUERTO: Te traje agua de la vertiente, de la que tomabas cuando eras niña en un vaso hecho con hoja de rascadera y no quisiste beber.

LA MAESTRA: No quise beber. Apreté los labios. ¿Fue maldad? Dios me perdona, pero llegué a pensar que la vertiente debía secarse. ¿Para qué seguía brotando agua de la vertiente? me preguntaba. ¿Para qué? *(Pausa)*. Estaba la vieja Asunción, la partera que me trajo al mundo.

LA VIEJA ASUNCION: ¡Ay, mujer! ¡Ay, niña! Yo, que la traje a este mundo. ¡Ay niña! ¿Por qué no recibió nada de mis manos? ¿Por qué escupió el caldo que le di? ¿Por qué mis manos que curaron a tantos, no pudieron curar sus carnes heridas? Mientras estuvieron aquí los asesinos. *(Los acompañantes del cortejo miran en derredor con terror. La vieja sigue su planto mudo mientras habla la maestra)*.

LA MAESTRA: Tienen miedo. Desde hace un tiempo el miedo llegó a este pueblo y se quedó suspendido de él como un inmenso nubarrón de tormenta. El aire huele a miedo, las voces se disuelven en la saliva amarga del miedo y las gentes se las tragan. Un día se desgarró el nubarrón y el rayo cayó sobre nosotros. *(El cortejo desaparece, se oye un violento redoble de tambor en la obscuridad. Al volver la luz, allí donde estaba el cortejo, está un campesino viejo arrodillado y con las manos atadas a la espalda. Frente a él un sargento de policía)*.

SARGENTO: *(Mirando una lista)*. ¿Vos respondés al nombre de Peregrino Pasambú? *(El viejo asiente)*. Entonces vos sos el jefe político aquí. *(El viejo niega)*.

LA MAESTRA: Mi padre había sido dos veces corregidor. Pero entendía tan poco de política, que no se había dado cuenta de que la situación había cambiado.

SARGENTO: Con la política conseguiste esta tierra. ¿Cierto?

LA MAESTRA: No era cierto. Mi padre fue fundador del pueblo. Y como fundador le correspondió su casa a la orilla del camino y su finca. El le puso nombre al pueblo. Lo llamó: "La Esperanza".

SARGENTO: ¿No hablás, no decís nada?

**34** LA MAESTRA: Mi padre hablaba muy poco. Casi nada.

SARGENTO: Mal repartida está esta tierra. Se va a repartir de nuevo. Va a tener dueños legítimos, con títulos y todo.

LA MAESTRA: Cuando mi padre llegó aquí, todo era selva.

SARGENTO: Y también las posiciones están mal repartidas. Tu hija es la maestra de la escuela, ¿no?

LA MAESTRA: No era ninguna posición. Raras veces me pagaron el sueldo. Pero me gustaba ser maestra. Mi madre fue la primera maestra que tuvo el pueblo. Ella me enseñó y cuando ella murió yo pasé a ser la maestra.

SARGENTO: ¿Quién sabe lo que enseña esa maestra?

LA MAESTRA: Enseñaba a leer y escribir y enseñaba el catecismo y el amor a la patria y a la bandera. Cuando me negué a comer y a beber, pensé en los niños. Eran pocos, es cierto, pero, ¿quién les iba a enseñar? También pensé: ¿Para qué han de aprender a leer y a escribir? Ya no tenía sentido leer y escribir. ¿Para qué han de aprender el catecismo? ¿Para qué han de aprender el amor a la patria y a la bandera? Ya no tiene sentido la patria ni la bandera. Fue mal pensado, tal vez, pero eso fue lo que pensé.

SARGENTO: ¿Por qué no hablás? No es una cosa mía. Yo no tengo nada que ver, no tengo la culpa. *(Grita)*. ¿Ves esta lista? Aquí están todos los caciques y gamonales del gobierno anterior. Hay orden de quitarlos de en medio para organizar las elecciones. *(Desaparecen el sargento y el viejo)*.

LA MAESTRA: Y así fue. Lo pusieron contra la tapia de barro, detrás de la casa. El sargento dio la orden y los soldados dispararon. Luego el sargento y los soldados entraron en mi pieza y, uno tras otro, me violaron. Después no volví a comer, ni a beber y me fui muriendo poco a poco. *(Pausa)*. Ya pronto lloverá y el polvo rojo se volverá barro. El camino será un río lento de barro rojo y volverán a subir las alpargatas y los pies cubiertos de barro y los caballos y las mulas con las barrigas llenas de barro y hasta las caras y los sombreros irán, camino arriba, salpicados de barro. ●